El tesoro del Diablo

victor hugo toth

Capítulo 1

Aquel era el día más caluroso del año. Las temperaturas llegaron a unos sofocantes 42 grados centígrados, mientras el sol brillaba implacable en el cielo carente de nubes sobre el remoto poblado de San Antonio. Mientras algunos podían permanecer en sus casas para resguardarse del calor o concurrir a uno de los tantos arroyos que aquella zona rural brindaba, otros no podían hacerlo. Algunos desdichados debían trabajar en los sembradíos, desde el amanecer hasta el ocaso bajo el desesperante calor que no daba señales de aminorar.

Mientras manipulaba las tijeras de podar y cortaba las ramas de las plantas de yerba mate, Pedro Aguirre miraba sus manos repletas de doloras ampollas y se lamentaba. El trabajo era arduo, había que podar las altas plantas, juntar las hojas en grandes bolsas de arpillera y luego, con ayuda de otro hombre, llevar la pesada carga de casi cien kilos hasta los camiones que aguardaban para llevar las hojas hasta el secadero.

—¡Maldita sea! Espera un momento. —Le gritó a su compañero dejando caer el extremo de la barra de metal en la cual colgaba la pesada bolsa con las hojas.

— ¿Que sucede? Debemos seguir trabajando. —Pregunto Joaquín Heras, su compañero, fingiendo estar enojado, pero con un inmenso alivio de haberse detenido, aunque sea por un momento.

—Mis manos me duelen demasiado. Estas malditas ampollas me están enloqueciendo.

—De acuerdo descansemos un momento.

Mientras se sacudía las manos intentando que el dolor se disipara, Pedro observó una hermosa y reluciente camioneta que se aproximaba por el polvoriento camino de tierra que conectaba el centro del pueblo con la plantación. El vehículo se detuvo y del mismo descendió un hombre obeso. Un gran sombrero de paja cubría su rostro de los rayos de sol. Unos elegantes lentes oscuros cubrían sus ojos. Vestía una camisa elegante, prolijamente planchada, unos pantalones marrones y zapatos brillantes. En su mano resplandecía una pulsera dorada y un, en apariencia, costosísimo reloj.

—Mira al desgraciado de nuestro patrón. —Le dijo Pedro a su compañero visiblemente molesto.

—¿Que hay con él?

—Solo míralo. Disfrutando de su riqueza y nosotros aquí en este calor insoportable, trabajando como burros. No te das cuenta lo injusta que es la vida. Ese maldito no ha tocado una pala en su vida, no sabe lo que es el esfuerzo, levantarse temprano cada mañana, comer poco y trabajar hasta que cada musculo de tu cuerpo arda de cansancio y sin embargo ahí está, lo tiene todo.

—Cada uno tiene lo que le toca, deberías aceptarlo. Ahora sigamos trabajando. Antes que ese mismo hombre al cual insultas nos deje sin trabajo.

El trabajo continuó durante horas interminables. La espalda le dolía tanto que parecía que se fuese a romper en cualquier instante. Finalmente, el reconfortante sonido del silbato anunciaba que era el momento del almuerzo. Pedro fue en busca de su bolso y se instaló a la sombra de un gran árbol que le proveía un ansiado refugio ante el calor que no daba tregua.

Pedro volvió a mirar sus manos, las ampollas habían explotado y la carne expuesta ardía incesantemente. La suciedad de sus manos podría provocarle una infección, pero eso no le importaba, abrió su mochila y saco un gran sándwich de mortadela que su madre le había preparado esa mañana. Mientras lo comía lentamente, su mirada se perdía en el horizonte. Su mente soñadora divagaba en ideas de cómo salir de aquella inmunda pobreza. Se imaginaba a si mismo conduciendo una gran camioneta, vestido con ropas elegantes y no con las andrajosas prendas que llevaba puestas en ese momento.

Mientras continuaba comiendo el segundo sándwich hecho con el pan que su madre había horneado la noche anterior, Pedro no pudo evitar escuchar la conversación que un grupo de hombres mantenían en su cercanía.

El hombre más viejo, de apellido Gutiérrez, les contaba algo a los demás mientras estos se burlaban de manera cruel de él. —¡Les digo que es verdad! —Insistía el hombre de casi sesenta años.

—Tú y tus historias de fantasmas. Seguramente solo andabas borracho. Además, si allí hubiera un tesoro, ya alguien se lo hubiera llevado. —Le contestaba uno de los hombres mientras hacía un gesto despectivo con las manos y se alejaba. Pronto el hombre se encontró solo mientras todos se alejaron riéndose a carcajadas.

Sin poder contener su curiosidad, Pedro se acercó.

— ¿A qué se refiere señor Gutiérrez? —Preguntó sentándose junto a él. —

¿A qué tesoro se refiere?

El hombre lo miró de arriba abajo. — ¿Acaso has venido a burlarte de mí también?

—No señor, no lo hago. Solo me interesa una buena charla.

—En ese caso eres bienvenido a sentarte junto a mí. —Dijo mientras sacaba una pequeña botella de wiski que tenía escondida en su bolsillo y le dio un gran trago. — ¿quieres? —Preguntó.

Pedro se negó con la cabeza. Al ver al hombre bebiendo comprendió por que los demás se burlaban de él. El señor Gutiérrez era un famoso ebrio del pueblo. Cuando era niño solía verlo pasar frente a su casa, caminando con dificultad y siempre con una botella de vino en su mano. Muchos decían que tenía una familia, y que era dueño de un importante comercio, pero que la bebida lo había hundido hasta que terminó en la calle. Luego había desaparecido por un tiempo hasta que, hace una semana, se había presentado en la plantación diciendo que había abandonado la bebida y que necesitaba trabajar. Resultó obvio para Pedro que el hombre seguía siendo solo un ebrio. Cuando estaba a punto de levantarse el señor Gutiérrez comenzó a hablarle.

—¿Sabes por qué bebo muchacho?

—No señor. No lo sé.

—Lo hago para poder soportar todas las horribles cosas que he visto en mi vida. Cosas que me atormentan. Si no fuera por la bebida, hace mucho tiempo estaría ahorcado, quizás aquí mismo bajo este árbol en el que nos encontramos.

—Y dígame señor. ¿Que ha visto?

—Puedo decirte que he visto el mal.

Pedro esbozó una pequeña sonrisa. Estaba muy cansado como para poder escapar de otra aburrida conversación con un borracho así que de todos modos se quedó.

— ¿Te ríes? Te diré algo muchacho. Yo también me reí la primera vez que me contaron la historia. También me burlé en la cara de aquel hombre cuando me dijo lo mismo que te diré a ti.

—¿Sabe señor? Esto fue una mala idea. Mejor me retiro. Que tenga un

buen día.

—Se lo que buscas muchacho. Puedo verlo en tus ojos. Pero te advierto que el precio a pagar es demasiado alto.

—¿De que habla? No busco nada.

—Claro que sí. Puedo ver la avaricia grabada en tus ojos. Has venido a saber del tesoro.

Pedro permaneció en silencio. Su mirada volvió a perderse en el horizonte mientras daba un gran suspiro.

—Lo sé muchacho. Te preguntas por qué hay personas que tienen tanto y porque tú tienes tan poco. Te parece injusto venir a trabajar días tras días como un tarefero sin futuro. Yo pensaba lo mismo que tú. Ese deseo irrefrenable de ser algo más. De superar todas estas carencias y maltratos.

Pedro asintió. —¿De que tesoro habla señor? —Preguntó finalmente.

—El tesoro que los Jesuitas escondieron en estos bosques.

—He oído historias. Pero son solo un mito. Las reducciones de los Jesuitas que había por estos lugares desaparecieron hace siglos cuando fueron invadidas por los portugueses. No queda nada más que algunas ruinas perdidas en la selva. No hay ningún tesoro.

—Pues si lo hay muchacho. Los aborígenes que vivían en esta selva desde hace generaciones, incluso antes de la llegada de los curas españoles, buscaban minerales y oro. Según cuentan, los aborígenes le temían a un ser maligno que habitaba en las profundidades inexploradas de la selva. Este ser tenía muchos nombres, ellos lo conocían como "Añá", pero creo que tú y yo lo conocemos como el diablo.

Pedro soltó una incontrolable carcajada. —Disculpe. No puedo evitarlo. Esto simplemente me parece muy estúpido.

—Adelante puedes reírte. Puedes tomarme por un idiota, pero se lo que vi.

—¿Usted vio un tesoro?

El hombre asintió. —Los antiguos guaraníes le ofrecían ofrendas para mantener a esa entidad maligna en paz. Le ofrecían oro, piedras preciosas. Todo aquello que tuviera algún tipo de valor fue ofrecido durante siglos. Se dice, que en los años en que nada era ofrecido, el diablo emergía de la selva y como castigo, muchos aldeanos sufrían

muertes espantosas. Así que cada año, el tesoro fue creciendo más y más. Oculto en alguna parte de la selva, el tesoro del diablo espera a ser descubierto.

—Eso es solo un mito. Un hombre mayor como usted no debería creer esas cosas.

—Lo mismo pensaban los curas españoles cuando llegaron a evangelizar. Para ellos, que se hicieran ofrendas a un ser demoniaco era un insulto a Dios. Así que esa actividad fue prohibida. Ninguna otra ofrenda fue dada al demonio. Fue un terrible error. Al poco tiempo, la aldea fue azotada por pestes, mujeres y niños caían presa de animales hambrientos y finalmente, la reducción fue invadida por ejércitos extranjeros. Muchos murieron, el resto huyó hacia otros lugares. Pero el tesoro permanece allí, a la espera de que alguien lo encuentre.

— ¿Usted lo ha hecho?

—Así es. —Contestó el hombre con la mirada perdida hacia el vacío como si no quisiera recordar algo espantoso.

— ¿Puede decirme dónde?

—No puedo decirte donde. Solo puedo decirte como.

—Entonces. ¿Cómo lo hago?

—Debes hacer lo que me dijeron que haga. Debes ir solo, en la primera luna llena del mes. Ve tras el viejo cementerio Intérnate en la selva y camina sin rumbo hasta que el fuego te ilumine.

— ¿Que fuego?

—Se dice que aquellas noches, el diablo merodea. Un fantasmal fuego azulado ilumina la selva en aquel lugar donde se encuentra el tesoro. Nunca brilla en el mismo lugar. Si de verdad quieres el tesoro tendrás que pagar un precio muy alto.

—¿Usted qué precio ha pagado?

El hombre permaneció en silencio. El repentino silbato que indicaba que debían volver al trabajo dio fin a la charla. Pedro intentó preguntarle algo más, pero el hombre se alejó abruptamente.

Las horas de la tarde fueron aún peores. El calor había aumentado y las bolsas cargadas con hojas de yerba mate parecían hacerse cada vez más pesadas, pero esto parecía no importarle a Pedro. Las palabras de aquel ebrio revoloteaban por su cabeza. Pensaba que quizás eran solo tonterías,

pero si de verdad había oro allí, al alcance de las manos de un simple mortal, quería ser él quien lo hallare.

Cuando el sol comenzó a caer, el trabajo por fin había terminado. Pedro caminó los casi tres kilómetros que separaban la plantación de la humilde casa hecha con tablones de madera en la que vivía junto a su anciana madre.

Al llegar, allí estaba su madre, sentada en una silla mecedora bajo la sombra de una higuera, esperando pacientemente que su hijo regresara. La artrosis prácticamente le había deformado las rodillas impidiendo que pudiera caminar por mucho rato sin que sufriera espantosos dolores, así que allí, en aquella mecedora pasaba la mayor parte del día.

Su hijo la saludó dándole un beso en la frente y se sentó pesadamente en el suelo junto a ella.

—¿Te encuentras bien hijo? —Pregunta la señora.

—Si madre, no te preocupes.

—Recuerdo esa mirada. Tienes la mirada de tu padre. Él me decía siempre que todo estaba bien. Siempre me ponía la mejor cara cuando regresaba de la plantación. Disimuló que todo estaba bien por tanto tiempo que cuando la enfermedad lo comenzó a afectar continuó diciendo que todo estaba bien, hasta que un día finalmente partió. No me hagas lo mismo que el hizo. Dime que te sucede.

—No es nada madre. Es que toda mi vida crecí aquí en esta casa. Todos los días veía a papá llegar cansado. Veía como tu trabajabas lavando ropas para otras personas. Veía como el dinero nunca alcanzaba. Vi cómo murió sin que podamos pagar un tratamiento adecuado. Y luego te he visto a ti enfermar poco a poco. Siempre me dije a mi mismo que cuando creciera me esforzaría por ser alguien, por salir de este pueblo y ahora mírame, tengo casi cuarenta años y sigo haciendo lo mismo que el hacía. Y lo seguiré haciendo hasta el día que me muera, exactamente como él lo hizo. Quiero ser alguien mamá. No quiero ser otro simple tarefero, trabajando por migajas.

—Hijo no sabes cómo lamento no haberte podido dar un futuro mejor, pero lamentablemente es la realidad que nos tocó. A veces hay que aceptar las cosas como son para poder ser felices.

—¿Felices dices?

—¿Donde vez felicidad en esto? ¿En esta miseria? ¿En esa artrosis? ¿Acaso debo estar feliz por estas malditas ampollas? No madre. No hemos sido felices en ningún momento de nuestras vidas.

Pedro se levanta furioso y entra a la casa dando un fuerte portazo. Una lágrima cae por el avejentado rostro de su madre, quien mira desde su silla mecedora como la luna llena, la primera del mes, se eleva inmensa sobre los campos.

Capítulo 2

Aquella noche Pedro no pudo dormir. El palpitante dolor de las ampollas en su mano lo despertaba cada vez que el sueño hacia que sus ojos comenzaran a cerrarse, aquellas horribles heridas parecían latir como un pequeño corazón. Cada vez que lo sentí, para Pedro no solo era un dolor corporal como había tenido otras tantas veces, no, aquel dolor era un recordatorio de los fracasos constantes de su vida. No pudiendo volver a dormir fue hasta el baño. Mientras se lavaba la cara no pudo evitar verse en el espejo. Su rostro cansado, su mirada triste con profundas ojeras y su piel trigueña quemada por el sol no hicieron más que aumentar su pena, en su rostro no había ningún vestigio de felicidad.

Toda su vida había sido de trabajo, aún desde niño por lo que no siquiera pudo terminar la escuela. Sabía que nunca llegaría a nada a menos que el hiciera algo.
El viejo reloj de pared, que pertenecía a su fallecido abuelo, marcaban la medianoche.
Completamente frustrado por su falta de sueño, Pedro se sentó en la silla mecedora de su madre en el patio delantero de la casa mientras encendía un cigarro.
La noche estaba serena, una suave brisa soplaba meciendo levemente las copas de los árboles. Mientras largaba grandes bocanadas de humo, Pedro disfrutaba del silencio de la noche de San Antonio. No había ninguna persona caminando en las polvorientas calles, solamente el ocasional ladrido de algún perro interrumpía la quietud nocturna.

Allí mientras observaba las amarillentas luces del alumbrado público no pudo evitar pensar en la historia que el señor Gutiérrez le había contado esa tarde. Al mirar hacia el cielo vio la enorme luna llena, amarillenta, con sus valles y cráteres más visibles que de costumbre, era una imagen bella la del astro brillando sobre los extensos campos y los bosques que se extendían hasta el horizonte.
—No seas ridículo!- se insultó a sí mismo. Intentó desviar aquellos pensamientos, pero la idea estaba allí, implantada y creciendo como un parásito. Pronto, el deseo irrefrenable de encontrar aquel tesoro fue más fuerte que su escepticismo.

Fue hacia su habitación, buscó entre sus cajones hasta que por fin pudo encontrar su vieja linterna con tres baterías. Esperaba que su poderosa luz lo pudiera guiar a salvo entre los peligros de la selva. Luego tomando su bolso de trabajo, lo cargó con una pequeña pala, y también un machete que usaría para cortar ramas y, en cualquier caso, también para defenderse si algo pasara.

El reloj marcaba las 00:30. Los perros de la familia Tello que vivía a una cuadra de distancia ladraba de manera incontrolable, quizás a alguna

comadreja que pasó ocasionalmente por allí. —Estúpidos perros. —Dijo mientras encendía otro cigarro y comenzaba su larga caminata hasta el cementerio.

Mientras recorría las calles, Pedro observaba las casas. La mayoría eran pequeñas casas de madera, algunas bastante deterioradas, con techos de chapas que hacían que, durante las horas de sol, estar dentro fuera imposible. Aquellas casas poseían letrinas a sus lados que provocaban la presencia de enormes moscas. El agua era sacada de aljibes o traídas desde algún arroyo cercano. Era una realidad muy triste para la mayoría de los trabajadores de los sembradíos. Pero también había enormes caseríos, con patios prolijamente arreglados y canteros llenos de hermosas flores. Pertenecían a las familias más acaudaladas del pueblo, algunos eran dueños de campos, otros eran dueños de los secaderos de yerba y otros, pensaba Pedro, eran de ingresos injustificables.

Al pasar frente a la comisaría del pueblo, se siente observado. Desde la ventana de la Guardia, el comisario Thomas Peterson observaba como aquel hombre caminaba de madrugada portando una mochila. Al percatarse de que había atraído la atención del Policía, Pedro levanta la mano en modo de saludo lo cual es respondido de la misma manera por el Oficial. Quizás esa haya sido la última oportunidad de que alguien lo detuviese antes de hacer lo que estaba pensando hacer.

El camino hacia el cementerio era largo, distaba unos cinco kilómetros del poblado. Un camino pedregoso rodeado de altos árboles que casi impedían que la luz de la luna penetrara, conducía hasta el camposanto. Muchas historias se contaban acerca de aquel lugar, era sitio antiguo, más antiguo que el pueblo mismo. Se decía que, tras él, perdido entre la espesura de la selva se hallaban algunas ruinas todavía sin descubrir de las reducciones Jesuíticas. Pedro recordaba que cuando era pequeño, su padre le había contado la historia de Juan Schulz, un trabajador municipal, quien con una retroexcavadora extraía piedras de una cantera para hacer los empedrados del pueblo. Fue realizando este trabajo que descubrió una antigua vasija y dentro de ella, una asombrosa cantidad de oro. El trabajador guardó silencio sobre su hallazgo. Al poco tiempo había renunciado a su trabajo, se había comprado una enorme casa y varios autos. Con el tiempo había contado a algunas personas sobre lo que había descubierto. Pero Juan Schulz, no tuvo el mejor final, su cuerpo fue hallado colgado de una viga. El supuesto oro jamás fue encontrado. Por mucho tiempo Pedro pensó que era solo una historia, una especie de leyenda que contaba su padre cuando bebía de más, pero en ese momento deseaba con todo su ser que aquella historia resultara cierta. En ese caso, el querría tener la suerte de hallar aquella inmensa riqueza perdida en las profundidades de la selva.

Caminó durante casi una hora a paso firme hasta que finalmente llegó al cementerio. Los altos portones de rejas metálicas daban la bienvenida a

aquel tétrico lugar. Apoyó su mano sobre la reja. Dudó por unos instantes y luego la abrió. El rechinar del metal oxidado retumbó entre las antiguas tumbas. Aterradoras sombras se dibujaban entre las lápidas iluminadas por la luz de la inmensa luna.

Pedro no se acobardó. Caminó lentamente por el sendero que lo guiaba entre las cruces y nichos. Iluminaba con su linterna ante cada sonido extraño que oía. El repentino y espectral canto de un búho lo paralizó, el aliento volvió a su cuerpo cuando la luz de su linterna ilumino los grandes ojos expectantes del ave.

Entonces recordó las historias que le contaba su abuelo mientras mascaba trozos de tabaco y lanzaba asquerosos escupitajos de color negro. El anciano decía que el canto de un búho en horas de la noche es siempre un mal presagio. Siempre que esa ave cantaba de manera repentina anunciaba que alguien muy pronto fallecería.

Pedro evitó volver a pensar en ello. El ave cantó nuevamente con aquel sonido espectral que retumbó en el interior de los viejos nichos con ventanas rotas y puertas entreabiertas.

Aunque el miedo iba en aumento, estaba decidido a conseguir su objetivo. Pedro miró hacia atrás. La imagen de la luna brillando entre las altas copas de los árboles en un cielo despejado, teñido de una azul profundo, era bellísima. Cuando continuó su marcha, observó en las cercanías, a menos de cien metros, una casa. La tenebrosa casa del cuidador del cementerio. Pedro había escuchado hablar a sus compañeros una vez acerca de cómo el ultimo cuidador había enloquecido y asesinado a varias personas, entre ellas niños. Ese lugar realmente era espantoso. La última vez que estuvo allí fue cuando enterraron a su padre hacía ya 5 años. Desde entonces ese lugar solo le transmitía tristeza.

Continuó caminando. Ya faltaba poco para atravesar por completo aquel lugar horrible, pero antes de que pudiera salir, algo lo hizo detenerse. Intentó resistir el impulso, pero no lo logró. Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia la tumba de su padre.

Una cruz oxidada y a medio caer, con una pequeña placa que decía "Hector Aguirre 1936-1992" indicada el lugar de reposo final de su padre. La tierra se había hundido producto de la rotura del cajón, mientras que el césped y las hierbas fueron cubriendo todo de manera desprolija. Se notaban los años de abandono. Nadie lo había visitado desde su partida. Apenado Pedro quitó algunas hierbas y enderezó como pudo la cruz.

—Lo siento papá. —Se disculpó mientras tocaba la plaqueta con su nombre. Mirando a su alrededor vio una vela a medio consumir que alguien había tirado entre las tumbas. La tomó y la colocó sobre la tumba.

Luego de encenderla hizo una señal de la cruz y partió.

Una poderosa angustia lo invadió en ese momento. Las ganas de llorar afloraron incontrolables. Sintió como si alguien le dijera que desistiera de su idea y que volviera a la seguridad de su hogar. Pero Pedro no volvería sobre sus pasos. Nada le impediría encontrar aquel oro.

Finalmente, el cementerio quedó atrás. Todavía angustiado Pedro dio un fuerte suspiro y se internó en la espesura del bosque. Nunca pensó que pudiera existir algo más tenebroso que el cementerio de noche, sin embargo, allí estaba. Las altas copas impedían el ingreso de la luz de la luna, la oscuridad era total. Los árboles se sacudían mecidos por los vientos que comenzaron a soplar de manera repentina con una inusitada violencia, como aquel viento que precede a una tormenta veraniega. Las remas se quebraban y crujían de manera pavorosa, y aquel viento producía aterradores silbidos que parecían lamentos de almas en pena.

Pedro iluminaba el camino con su linterna. En la otra mano tenía su machete preparado para defenderse en caso de que algo lo sorprendiera en la soledad de la noche. Pronto se sintió perdido. Miraba a su alrededor, pero no conseguía encontrar el camino por el cual había venido. En ese momento se percató de lo estúpida que era esa idea. Un viejo borracho lo había convencido de internarse solo en medio del bosque a plena medianoche. —Soy un estúpido. —Se dijo a si mismo mientras intentaba encontrar su camino de regreso.

De repente allí estaba de nuevo, el canto de aquel búho. Pedro iluminó hacia lo alto de los árboles y allí, parado sobre una rama de pino, estaba aquella ave. Sus plumas grises y marrones hacían que se confundiera entre las ramas, pero esos ojos, esos ojos resplandecían con un amarillo intenso iluminados por la luz de la linterna.

—Vete de aquí maldita ave! —Gritó mientras arrojaba una gran piedra. El búho partió chillando pavorosamente, y nuevamente, Pedro se encontró solo.

La desesperación comenzó a invadirlo al darse cuenta que no podía regresar y cada vez se adentraba más y más en las profundidades de aquel bosque siniestro. La desesperación se transformó en terror cuando la luz de su linterna comenzó a debilitarse poco a poco hasta que finalmente se apagó por completo. La oscuridad total cubrió todo el lugar. Ni siquiera podía ver lo que tenía justo frente a él. Caminó apresuradamente chocando su rostro contra ramas y enredaderas. Pronto sintió la cálida sensación de la sangre corriendo por su rostro desde un corte en su frente. Estaba aterrado. El viento parecía ir en aumento. Las ramas crujían a su alrededor como si monstruos desconocidos caminaran en busca de su desprevenida presa, y entonces lo oyó de nuevo. El siniestro canto de aquel búho. Miró hacia su alrededor y solo pudo ver el

destello amarillento de los grandes ojos de aquella ave.

—Déjame en paz ave del infierno! —Gritó furioso. Pero esta vez el ave no se marchó, aunque volvió a arrojarle una gran piedra para espantarla. Sus ojos seguían fijos mirando aquel pobre desgraciado perdido en medio de aquella lúgubre noche.

Pedro se sentó en el suelo cubierto de hojas podridas. Apoyando su cabeza entre sus rodillas se lamentó no haberse quedado con su madre. Deseaba tanto salir de sus miserias que no le importaba el precio que debía pagar, pero todo había sido en vano. Ahora se encontraba perdido en medio de la nada, solamente con la compañía de aquella repugnante ave.

Luego de unos instantes, algo llamó su atención. A lo lejos, entre las ramas de los arboles podía verse una tenue luz amarillenta. Esperanzado que fuera la luz de alguna casa cercana, Pedro se dirigió hacia ella de manera apresurada. Por momentos intentó un suave trote, pero, luego de tropezar varias veces con las traicioneras raíces que poblaban el suelo boscoso, continuó caminando. Cuando finalmente estuvo cerca, su sangre se congeló de espanto. Allí estaba, flotando sobre el suelo, un intenso fuego que parecía provenir de la nada misma. Solamente estaba allí, flotando, sin ningún material que ardiera. Solo aquel fuego fantasmal. Pedro cayó de rodillas. La historia que le había contado aquel ebrio de la plantación era verdad.

Capítulo 3

Pedro pasó de estar perplejo a estar eufórico en un instante. Ante el estaban aquellas llamas que señalaban una fortuna que estaba allí, esperándolo. Las llamas comenzaron a debilitarse y luego, de manera abrupta desaparecieron.

Rápidamente, sacó su pequeña pala de su mochila y se dirigió hacia el lugar donde estaba aquel fuego fantasmal. Tocó con sus manos las hojas que estaban en el lugar y notó que no estaban calientes a pesar de estar justo debajo de las llamas. Era como si aquel fuego hubiese sido solo una ilusión.

Tomando la pala, la alzó y la hundió con fuerza en el suelo. La primera palada de tierra voló hacia el costado. Luego dio otra palada y luego otra. Un pequeño hoyo comenzó a formarse en la tierra cubierta por hojas. El viento repentinamente había cesado, solo podía escucharse el sonido de la pala impactando contra el suelo y la agitada respiración de Pedro interrumpiendo el silencio sepulcral del bosque. Luego de un rato cavando, la tierra comenzó a volverse más dura. La punta de la pala apenas podía adentrarse en el suelo, y Pedro necesitaba cada vez más fuerzas para seguir cavando. Era como si el suelo se negara a entregar su tan preciado tesoro.

De repente, nuevamente el canto del búho. Al alzar la vista, el ave estaba justo frente a él, parado en una rama baja, observándolo fijamente. Pedro estaba tan cansado que ni siquiera le prestó atención. Siguió cavando como pudo, el pozo repentinamente se llenó de raíces parecidas a dedos que hacían que cavar fuera cada vez más difícil. Las ampollas en sus manos comenzaron a sangrar y a despedir un líquido amarillento. El dolor se hacía cada vez más insoportable.

Nuevamente el búho cantó. Esta vez desde el suelo, justo frente al pozo.

—Déjame en paz maldita ave. ¡Tú también quieres burlarte de mí! ¡Vete de aquí y no regreses!

El ave solo lo miraba. Sus ojos parecían dos enormes faroles que se adentraban en lo profundo de su alma.

Pedro siguió cavando. La sangre comenzó a correr por sus manos y se deslizaba por el mango de la pala hasta precipitarse en la tierra. Llevaba casi una hora cavando. No había señal de ningún tesoro. El dolor de sus manos era tan atroz que ya no podía siquiera seguir sosteniendo la pala. El búho seguí allí. Con su desquiciante mirada seguía observando el

sufrimiento de aquel pobre hombre.

— ¿Qué quieres de mí? — ¿Qué?!! —Gritó al borde del llanto. — ¿Acaso quieres que me rinda? ¡No voy a hacerlo! Seguiré cavando hasta el mismo infierno si es necesario, pero no me iré de aquí sin ese maldito oro. No puedo volver a la miseria en la que vivo. Prefiero morir aquí mismo sangrando por mis heridas que seguir en la vida que llevo. Así que escúchame maldita ave del infierno, No me rendiré.

Pedro volvió a tomar la pala. Sus manos temblaban por el dolor. Sus piernas se sentían flojas y frías gotas de sudor recorrían su rostro. A pesar de que estaba al borde del desmayo, siguió cavando. La pala se hundía con dificultad y pequeñas paladas de tierra eran sacadas una a una. De pronto el viento volvió a soplar de manera abrupta. Los tenebrosos sonidos del bosque volvieron. Las ramas crujían y chirriaban. Pero había algo más. Pedro se sintió observado. Miró a su alrededor, pero la oscuridad de la noche le impedía ver nada. Entonces escuchó un leve sonido que luego se fue intensificando hasta hacerse casi insoportable. El sonido del lamento de cientos de personas se escuchó alrededor. Lamentos y espantosos gritos de sufrimiento que parecían provenir de almas en pena hicieron que Pedro se tapara sus oídos. El sonido de repente se detuvo. Destapándose sus oídos, miró aterrado a su alrededor, pero no pudo ver nada.

—No voy a rendirme! —Gritó desesperado. Tomó su pala y siguió cavando.

— ¿Realmente quieres el tesoro? —Le susurró al oído una voz tenebrosa y siseante.

Pedro quedó horrorizado. Intentó mirar hacia atrás pero no pudo. El terror lo había paralizado. De solo imaginar aquel aterrador ser que estaba detrás de él, lo petrificó.

—Sí lo quiero. —Respondió con la voz entrecortada y temblorosa.

—Deberás pagar un precio muy alto por la fortuna. Muchos han venido por él, pero pocos han estado dispuestos a los sacrificios que son necesarios para obtenerlos. —Contestó la voz susurrando en un oído y luego en otro.

—Estoy dispuesto a lo que sea. No voy a volver a la inmunda pobreza en la que me encuentro.

—Eso me agrada Pedro Aguirre. El tesoro será tuyo. Pero muy pronto vendré a obtener lo que es mío.

Entonces un ligero brillo dorado pudo verse desde el interior del pozo. La voz siniestra había desaparecido. Todavía tembloroso, Pedro usó sus

manos para remover la tierra y entonces allí finalmente encontró lo que había ido a buscar. Grandes trozos de resplandeciente oro brillaban en la tierra removida.

Pedro echó a reír como nunca había reído en su vida. Estaba desbordante de alegría. Tomando su mochila comenzó a llenarla con pepitas de aquel mineral precioso. De pronto ya nada le importaba, ni el dolor ni el miedo. Sus ojos brillaban de una avaricia que no le permitían pensar en el alto precio que debería pagar llegado el momento. Aunque su mochila estaba casi llena, el siguió cavando y sacando aquellas rocas. No pensaba dejar una sola abandonada en aquel suelo boscoso.

Cuando finalmente su mochila estuvo llena, la sacó con dificultad del pozo. Se había vuelto extremadamente pesada. Pedro salió del pozo. Intentó ponerse la mochila, pero el peso era demasiado. Así que comenzó a arrastrarla. El sol comenzó a asomarse en el horizonte tiñendo el cielo de un naranja profundo. Al mirar hacia atrás el pozo que con tanta dificultad había cavado ya no se encontraba. Había desaparecido.

El camino de regreso fue arduo, pero no estuvo dispuesto a dejar ni siquiera una de aquellas piezas de metal precioso para alivianar su carga. Finalmente, casi llegado el mediodía, llegó a su casa.

Su madre lo esperaba afligida. No sabía dónde su hijo se había marchado sin avisarle, y su pierna enferma no le permitía ir a buscarlo. Sentada desde su silla mecedora ve como su hijo se aproxima, completamente cubierto de tierra, con sangre seca en su rostro y en sus brazos, llevando con dificultad una pesada mochila, pero con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Pedro deja su mochila y se arrodilla frente a su madre.

— ¿Dónde estaba hijo? Me tenías muy preocupada.

Pedro la abraza. —No te preocupes Madre, ya no deberás preocuparte por nada nunca más.

Capítulo 4

El tiempo fue pasando en el tranquilo pueblo de San Antonio, donde todo seguía inamovible a pesar del paso de los años. En las plantaciones todo seguía igual, los pobres pobladores arrancaban la cosecha de la yerba desde muy temprano, soportando las altas temperaturas del verano.
Mientras iba caminando hacia el trabajo Joaquín Heras observa hacia la vieja casa de su amigo Pedro, lucía abandonada, con los vidrios rotos y el techo a punto de colapsar luego de la última tormenta, su amigo hacía tiempo que ya no vivía allí. Se había marchado un día junto a su madre de manera repentina hacía ya cinco largos años sin que nada se hubiera vuelto a saber de él.
—¿Qué habrá pasando contigo viejo amigo?—Pregunto como si las destartaladas y deterioradas tablas de la vieja casa fueran a contestarle.
Continuo su marcha de manera lenta y resignada. Tenía por delante otro largo día en la maldita cosecha.

Luego de haber encontrado el oro, Pedro hizo lo que siempre quiso hacer, alejarse lo más que pudiera de ese condenado pueblo lleno de miserias e injusticias.
Junto a su madre había comprado una enorme casa en las afueras de la capital. Tenía un enorme patio que mandaba a arreglar con jardineros. Él no pensaba volver a lastimarse las manos nunca más en su vida. La enorme casa tenía grandes ventanales adornados con hermosas cortinas que hizo que su propia madre eligiera.
La sonrisa en el rostro de su madre lo llenaba de satisfacción. Juntos veían el atardecer caer sobre la gran ciudad en las orillas del río.
—Te quiero mucho hijo. —Le dijo su madre antes de quedarse dormida en la silla mecedora mientras Pedro daba un gran suspiro de satisfacción.
Asi transcurrieron los primeros años de su nueva vida. Una vida donde pudo tener los lujos que siempre soñó.
Una tarde, mientras tomaba un café con una buena porción de torta en la cafetería más costosa de la costanera como solía hacerlo cada día solo con el afán de insertarse entre las personas más pudientes, vio al amor de su vida.
Allí estaba una hermosa mujer leyendo el periódico. Sus ropas elegantes, su cabello castaño prolijamente planchado y los costosos anillos en sus manos indicaban que pertenecía a alguna importante familia de la zona.
En otra ocasión aquella mujer ni siquiera se hubiera volteado para ver al campesino desprolijo y malhablado, pero Pedro ya no era aquella persona. Había cambiado y se había convertido en un hombre refinado, amante de las ropas caras, los relojes de oro y de los lugares finos.

Tomando coraje en un momento se acercó hasta ella.

—Hola! —Le dijo tímidamente como si se tratara de un adolescente

hablándole a una chica por primera vez.

Ella le sonrió. —Hola. —Le contestó y continuó con su lectura.

—Me llamo Pedro. Te he visto desde allá estando aquí sola y pensé que quizás querías algo de compañía.

—Estoy bien. Gracias. —Respondió de la manera más gentil que pudo.

Avergonzado Pedro se retiró. Pero no se rindió. Continuó yendo a la misma cafetería día tras día, hasta que luego de casi un mes, finalmente volvió a verla.

Sin dudarlo volvió a acercarse.

—Hola. —Volvió a saludarla.

La mujer alzó la vista y al ver al mismo hombre nuevamente junto a ella se resignó y lo invitó a sentarse.

—Creo que no me has dicho tu nombre. —Dijo el con una sonrisa dibujada en su rostro.

—No. No lo he hecho. —Contestó ella de manera tajante.

—Te pareceré un loco, pero desde la primera vez que te vi, quise hablar contigo.

—Tienes razón, pareces un loco. —Contestó ella.

Una involuntaria carcajada surgió desde los adentros de Pedro. La carcajada fue tan inesperada que incluso ella dejó de lado su rostro serio y comenzó a reírse.

—Me llamo Anna. —Dijo ella extendiendo la mano para saludarlo.

Fue ese el momento más feliz de la vida de Pedro. Esa tarde pasaron horas hablando de la vida. Ella le contó sobre cómo se había separado de su última pareja, un hombre ebrio y golpeador que la maltrataba y como había salido adelante convirtiéndose en una prestigiosa abogada cuando su marido la echó a la calle. Por su parte él, le comentó su vida de trabajo, pero evitó contarle que siempre fue un simple trabajador de la cosecha y el origen turbio de su fortuna.

A partir de ese momento creció en ellos un amor muy intenso. Los días fueron pasando, cada tarde se veían en el mismo café para hablar sobre cómo había sido su día. Hasta que finalmente, en aquel mismo lugar donde se había conocido, él se arrodilló frente a ella y abriendo una

pequeña caja forrada en terciopelo rojo, reveló un anillo dorado con un gran diamante que resplandeció como las lágrimas en los ojos de Anna.

—Me harías el honor de casarte conmigo? —Preguntó él.

Ella permaneció en silencio. Intentó decir unas palabras, pero la emoción no se lo permitía. Hasta que finalmente le dio su respuesta.

—Si. —Dijo tan suavemente como susurro.

Y allí se abrazaron, en aquel lugar que simbolizaba su amor.

El día tan esperado finalmente llegó. En la gran Catedral de la ciudad, hermosamente adornada con rosas blancas y moños hechos con cinta del mismo color, ellos se juraron amor ante la mirada de Dios.

Los días siguieron pasando, luego los meses y luego los años. Un día Anna le da la noticia más importante de su vida. Estaba embarazada.

—Voy a tener un hijo! — Gritó él, completamente emocionado.

Los meses siguieron pasando. Mientras su madre bebía una taza de té sentada en su silla mecedora, disfrutaba del aire fresco en el verde jardín decorado con hermosos y extensos canteros repletos de rosas. Su salud había mejorado, los dolores contantes en sus articulaciones habían desaparecido. Todo parecía ir perfecto.

Anna ya tenía siete meses de embarazo. Su prominente panza hacía notar lo avanzada que estaba la gestación.

Ver a su madre feliz, a su esposa esperando su primer hijo y todos los bienes de los que disfrutaba hicieron olvidar a Pedro el origen de toda su fortuna. Ya había quedado muy lejos, perdido en los albores de su memoria aquella oscura noche en los bosques de San Antonio. Pero aquella noche, aquella noche su pasado volvería a despertarlo de aquel sueño idílico en el que había estado viviendo.

Mientras su esposa dormía recostada sobre su hombro, Pedro permaneció mirando la gran luna que se elevaba en el cielo. Su forma redondeada y amarillenta resplandecía por entre las flameantes cortinas del ventanal abierto.

Era una noche agradable. La suave brisa que soplaba desde el este había traído el alivio luego del calor intenso que hizo durante el día. Algunas nubes dispersas apenas cubrían parte del estrellado cielo donde la luna brillaba como un mágico ser que observaba todo lo que sucedía.

Pedro no conseguía dormir. Una extraña sensación de angustia lo había invadido repentinamente. Con cuidado de no despertar a su esposa, se levanta y se dirige al pequeño balcón que tenía su habitación ubicado en el segundo piso de la enorme casa que había comprado para vivir con su familia.

El aire puro de la noche entrando a sus pulmones lo relaja. Mientras observa el bello paisaje de la ciudad, con las amarillentas luces del alumbrado público iluminando las grandes avenidas, Pedro disfruta del silencio de la noche, tan distinto del bullicio del tráfico durante el día. Aquel silencio le hizo recordar a las solitarias noches en San Antonio. Donde el silencio reinaba apenas el sol se ocultaba. Pedro miró su mano, todavía tenía grandes cicatrices de su vida de trabajo en la cosecha.

Mientras se perdía entre pensamientos del pasado, un sonido lo estremeció. Una fría sensación recorrió su espalda como una serpiente deslizándose hasta su cuello.

El horripilante canto de un búho lo horrorizó de muerte. Miró hacia todas partes buscando y allí, posado sobre una rama sin hojas de un árbol seco del jardín, estaba aquella ave infernal, mirándolo con sus grandes y amarillentos ojos.

El búho volvió a cantar. Sus ojos seguían fijos en Pedro que no pudo hacer otra cosa que caer de rodillas y llorar.

—Por favor ahora no! —Suplicó.

El ave volvió a cantar.

Completamente enfurecido, Pedro tomó un gran cenicero de cerámica y lo arrojó con fuerza. El pesado objeto dio en la rama sobre la que se posaba el ave y esta voló y se perdió en la oscuridad de la noche.

Pedro sabía lo que esa horrible ave significaba. La hora de pagar el alto precio por su fortuna estaba cerca.

Capítulo 5

El sol se ocultaba tras oscuras nubes de tormenta aquella mañana de diciembre en el olvidado San Antonio. El viento comenzaba a soplar con mayor intensidad y las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer sobre las polvorientas calles del pueblo. Joaquín Heras regresaba desde la plantación, había llegado temprano y el capataz le había informado que por la alerta de tormenta ese día no trabajarían. Si bien era una buena noticia ya que su cansado cuerpo necesitaba un descanso, también significaba un día menos de paga.

Mientras corría intentando evitar que la lluvia lo alcanzase, observa hacia la vieja casa de su amigo Pedro. Era inútil seguir corriendo, la tormenta se había desatado con toda su furia, pequeñas piedras de hielo comenzaron a caer con gran fuerza. A Joaquín no le quedó más alternativa que refugiarse en la abandonada y deteriorada casa de los Aguirre.

La casa lucía espantosa. Sus paredes de madera totalmente podridas de una coloración gris que la hacían ver como un lugar triste y desolado. Los niños del pueblo comenzaron a contar historias, tildando a la vieja y precaria casa como un lugar embrujado, donde, si pasabas frente a ella en las solitarias noches de luna llena, podías escuchar lamentos provenientes desde el más allá.

—Son solo tonterías. Es la casa de Pedro. No esta embrujada. —Se dijo a sí mismo cuando un escalofrío recorrió su espalda cuando vino a su mente la idea de resguardarse en aquel lugar hasta que pasase la tormenta.

Joaquín, no tuvo que forzar la entrada, la puerta ya estaba abierta. La casa parecía estarlo esperando, deseosa de que, por fin, luego de diez largos años, alguien anduviera dentro de sus destartaladas paredes.

La tormenta aumentó su intensidad. La lluvia y el granizo golpeaban con fuerza sobre el techo de chapa. El agua se filtraba por grandes goteras formando charcos en el piso cubierto de polvo.

Joaquín limpió el polvo de una vieja silla y se sentó junto a la ventana mirando como la tormenta se abatía con intensidad sobre el pequeño poblado. Pronto por los cordones de las calles comenzaron a correr intensos torrentes de agua amarronada. El agua se arremolinaba sobre las escasas alcantarillas formando una espesa espuma blanca. Pronto los desagües se vieron desbordados y el agua cubrió por completo los caminos. Habían pasado demasiados años desde que una tormenta igual azotó la región.

Mientras observaba como las calles se anegaban rápidamente y pequeñas esferas de hielo blanco caían desde lo alto y se acumulaban en el verde

césped de las casas, Joaquín no se percató de la sombra que se movía tras él, en la oscuridad de la casa abandonada.

Enorme fue el susto cuando sintió una mano apoyarse sobre su hombro. Espantado cae de la silla y mira perplejo aquel extraño hombre que estaba junto a él.

— ¿Quién eres tú? —Gritó horrorizado.

Frente a él, estaba un hombre de aspecto terrible. Muy delgado. Con su rostro sucio y una espesa y larga barba que parecía no haberse lavado en meses.

—Responde! ¡¿Quién eres tú?! —Volvió a gritar.

Aquel hombre lo miraba con ojos perdidos, como si su mente estuviera en algún lejano sitio, lejos de aquella abandonada casa.

—Soy yo. Soy Pedro. —Respondió repentinamente.

Joaquín lo miró sorprendido. Tardó unos momentos, pero luego al mirarlo detenidamente, pudo darse cuenta que ese hombre sucio, vestido con harapientas prendas y con un pestilente olor a alcohol era su viejo amigo.

—Pedro? ¿Qué demonios ha pasado contigo mi amigo? —Le preguntó con la voz llena de una enorme lástima.

Pedro se sentó en el suelo junto a él. Sus ojos llenos de una gran pena comenzaron a cubrirse de lágrimas.

—Amigo. He hecho algo terrible. Maldigo el día que hablé con ese viejo en la plantación. Mi vida se ha destruido por completo. Ya no tengo paz, solo tengo sufrimiento.

—No entiendo. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde fuiste tantos años?

—Me fui por esa maldita cosa. —Dijo señalando un gran bolso negro arrojado sobre el piso en el extremo de la habitación.

—Que es eso? —Preguntó Joaquín mientras se levantaba y se dirigía hacia el bolso. Cuando lo abrió quedó perplejo. Su rostro fue iluminado por un intenso brillo dorado. Aquel bolso estaba lleno de resplandeciente oro.
—Jamás en mi vida he visto algo así.

—Eso mi amigo. Solo me ha traído desgracias.

—Esto es el tesoro del que nos habló el señor Gutiérrez. Entonces tú fuiste a buscarlo y lo has encontrado.

—Si. Aquella noche fui. Atravesé la espesura de la selva. No escuché las advertencias. Era como si ese maldito oro me estuviera llamando. No sabes cómo me arrepiento de haberlo hecho.

Joaquín vuelve a cerrar el bolso y vuelve a sentarse junto a su amigo.

—Cuéntame. ¿Qué te ha sucedido?

—Ese oro. —Hace una pausa mientras se seca las lágrimas que comenzaban a deslizarse sobre su rostro. —Ese oro te da una gran riqueza, pero a un precio demasiado alto. Cuando lo encontré, no creí que nada malo pudiera pasar. Lleve a mi madre a la ciudad, nos compramos una gran casa. Le di la vida que ella nunca pudo tener. Su enfermedad había mejorado. Conocí a una hermosa mujer Anna. Me casé. Ella se embarazó. Todo era perfecto. Perfecto, más allá de todo lo que pudiera haber soñado. Hasta aquella noche que lo escuché.

— ¿Qué cosa?

—La llamada del demonio exigiendo su paga. Allí estaba sobre una rama seca junto a mi ventana. Allí estaba ese búho del infierno. Cuando escuché su canto aquella noche supe que la hora de pagar el precio finalmente había llegado. Los días pasaban y ese búho seguí allí junto a mi ventana, mirándome fijamente. Chillando horriblemente. Su canto me volvía loco. Retumbaba en mi cabeza cada vez que intentaba dormir.

Joaquín lo miraba perplejo. Intentó preguntar algo a su amigo, pero guardó silencio mientras Pedro relataba su desgracia. Los truenos sonaban con mayor intensidad y el viento golpeaba contra las ventanas, como si oscuros espíritus intentaran entrar.

—Entonces una noche, al despertarme con aquel horroroso canto, miré hacia la ventana y allí estaba, aquella ave estaba dentro de la casa, mirándome con aquellos amarillentos ojos vacíos de toda la vida. Fue la primera vez que escuché a mi madre gritar. Corrí hasta su habitación. Al entrar la vi tirada en el suelo, retorciéndose de dolor. Su rodilla se había inflamado hasta un tamaño antinatural, su coloración negra le daba un aspecto putrefacto. —Mamá que sucede? —Le pregunté. Pero ella solo gritaba y se retorcía. Su enfermedad había vuelto peor. Los frágiles huesos de sus piernas se quebraron como palillos cuando intentó pararse. La blancura de un trozo de su tibia sobresalía de su pierna. Entonces, por sobre de los desgarradores gritos de dolor de mi madre escuché el canto de aquella ave. El demonio exigía su pago. —Pedro comenzó a llorar. —Mi

pobre madre.

— ¿Entonces qué hiciste? —Le preguntó Joaquín mientras apoyaba su mano sobre el hombro de su amigo intentando calmarlo.

—La levanté del suelo alzándola entre mis brazos. Sus piernas colgaban carentes de vida mientras la sangre goteaba a borbotones sobre el piso alfombrado. Aquel piso que a ella tanto le gustaba, aquel piso que ella misma había decidido decorar con alfombras que ella misma había elegido, ahora ese piso estaba cubierto con su sangre. La cargué en el vehículo y la lleve al hospital mientras mi esposa me observaba desde la puerta principal con su prominente panza de ocho meses de embarazo. Cuando llegamos al hospital mi madre se había desmayado del dolor. Los doctores no entendían que le sucedía. Los huesos de sus piernas, sus articulaciones, todo, simplemente se había vuelto frágil como una rama seca. Las horas pasaron. Mi madre seguía en cirugía. Cuando finalmente me quedé dormido en el banco de espera, el médico me despierta. Su rostro lucía serio y triste. Corro hacia la habitación. Allí estaba mi madre, acostada, con un respirador en su boca y nariz. Una blanca sábana cubría su pierna. Me acerco hasta ella. Ella abre sus ojos y me mira. — ¿Cómo estás mamá? —Le pregunté. Ella no me pudo contestar. Estaba demasiado débil, pero pronto su rostro se llenó de desesperación, parecía que intentaba levantarse pero algo no estaba bien con sus piernas. Quito la sábana y…y…sus piernas…sus piernas ya no estaban. La abrazo y le digo que todo estará bien. Ella solo llora. Llora como jamás la había visto llorar. Mi corazón se partía en mil pedazos en ese momento. En ese momento lo escuché de nuevo. Justo fuera de la ventana del hospital, allí volvió a cantar esa maldita ave. Todo era mi culpa. Mi madre estaba sufriendo por mi culpa. —

Pedro no puede seguir hablando. Su garganta parecía cerrarse por un fuerte nudo que parecía estrangularlo. Tose ahogado por sus propias lágrimas.

—Tranquilízate amigo. Toma un poco de agua. —Le dice Joaquín mientras le alcanza una botella con agua que siempre llevaba en su bolso para hacer frente a las calurosas jornadas en la cosecha.

Pedro bebe el agua de forma apresurada, como un hombre sediento bebe en un oasis en el desierto. Luego de beberla pudo calmarse lo suficiente para seguir relatando.

—Mi madre no volvió a hablar desde ese día. Permaneció en silencio cuando la llevé en sillas de rueda hasta nuestro hogar. Permanecía en silencio mirando hacia abajo, hacia donde estaban sus piernas y ahora no había nada. Su alegría se había ido. Solo quedaba una mujer triste, solo una sombre de lo que fue. Hasta que una noche, una noche el ave volvió a cantar y ella volvió a gritar. Corrí hasta su habitación y allí estaba ella.

Sus brazo derecho se habían roto, su antebrazo colgaba en una posición imposible mientras que con su mano izquierda ella intentaba inútilmente volver a ponerlo en su lugar. Ella solo gritaba y gritaba en un agonizante dolor. El ave cantaba más y más fuerte. Su horrible alarido retumbaba en mi cabeza mientras alzaba a mi madre y la volvía a llevar al hospital. Al levantarla de la cama escuché un sonido que me heló la sangre. Un sonido seco como una vara de madera quebrándose en mil pedazos. ¡Era su otro brazo! Su brazo izquierdo también se había partido en dos. Su cuerpo era frágil como un cristal fino. Las horas en el hospital parecieron eternas. Cuando finalmente pude entrar a la habitación, el vómito fluyó incontenible desde mi estómago. Allí estaba ella, con la mirada perdida hacia el techo de la habitación. Allí estaba ella, sin piernas, y ahora también… ahora también… sin brazos. —

Pedro se levanta y mira por la ventana. La tormenta golpeaba cada vez con más fuerza, como si los dioses descargaran su ira sobre el pueblo. Los rayos iluminaron su rostro lleno de tristeza.

— ¿Acaso alguien siquiera puede imaginarse lo que se siente ver a tu madre así? No siendo una persona, sino solamente un despojo. Los días fueron pasando. Mi madre ni siquiera comía. Intentaba alimentarla pero ella simplemente no habría su boca. Solo miraba hacia el techo, inmóvil, después de todo no podía hacer otra cosa. La angustia crecía en mí. Mi esposa no podía ver a mi madre en ese estado. Me rogaba que la internara en un asilo, que la dejara, pero yo no podía. No podía abandonar a mi madre. Las discusiones fueron aumentando. Ella no comprendía que de ninguna manera dejaría a mi madre. — ¡Ojalá se muriera! —Me gritó ella una vez. Me enfurecí. La tomé del cuello y la puse contra la pared. Ella se ahogaba. ¡Se estaba ahogando! Mi puño cerrado temblaba frente a su cara, conteniéndose apenas de darle un golpe. Después de todo se lo merecía. ¡Hablar así de mi madre! Entonces me vi a mi mismo en el reflejo de la ventana. Me vi a mi mismo ahorcando a la madre de mi futuro hijo. El ave volvió a cantar. Asqueado de mis acciones la solté. Ella tosió mientras intentaba volver a respirar. Se tomó del vientre. Le dolía. Intenté disculparme pero ella no quiso escucharme, salió corriendo de la casa. La vi subirse a un taxi y marcharse para siempre de nuestro hogar. El ave volvió a cantar. Finalmente el precio comenzaba a ser cobrado. Iba a perder todo lo que había amado.

Capítulo 6

Pedro permanecía parado junto a la ventana. Sus ojos estaban fijos en un gran árbol que se sacudía con violencia empujado por las intensas ráfagas. Estaba allí. Él lo podía sentir. Allí oculto entre las ramas estaba aquella ave mirándolo fijamente, con su cuerpo emplumado completamente empapado y sus penetrantes ojos amarillos.

— ¿Entonces qué sucedió? —Le preguntó su amigo sacándolo de sus pensamientos.

—Entonces todo empeoró. Los gritos desgarradores de mi madre me despertaban por las noches. Su pequeño cuerpo comenzaba a deformarse. Su columna había tomado una forma serpenteante. Una enorme joroba se formó sobre su hombro derecho. Su cabello comenzó a caerse. El intenso dolor podía verse en su envejecido rostro. Los médicos no podían hacer nada. Ya no quedaba nada para amputar. La morfina no tenía ningún efecto. Su enfermedad había dañado sus nervios haciendo que tengas repentinas convulsiones. Su cuerpo se retorcía de formas imposibles. Hasta que una noche de luna llena, fui hasta su habitación. Ella estaba allí, contemplando la gran luna que brillaba a través de su ventana. Un silencio sepulcral se había apoderado de la noche. Todo parecía tranquilo. Con un pañuelo húmedo sequé su frente. Ella sudaba mucho. Su rostro estaba sereno. Fue la primera vez en varias noches que ella me miró a los ojos. Ella intentaba hablar. Acerqué mi oído hasta su boca y ella me susurró una sola palabra. — Mátame.— Me suplicó. El aterrador canto del ave estremeció mi corazón y lo estrujó como si fuera un montón de plastilina. —No puedo. —Le contesté. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces entendí. Entendí que si pudiera, ella lo hubiera hecho por sí misma. Había dejado de comer, pero la muerte era obstinadamente lenta en llegar. El ave volvió a cantar. Sintiendo que mi corazón se destruía, tomé una almohada. —Lo siento mucho mamá. Te amo. —Le dije mientras le daba un beso en la frente. Tomé la almohada y le cubrí su rostro. Recuerdo que ella tenía una expresión de alivio. Había estado deseando su muerte. Presioné la almohada contra su rostro. Su débil cuerpo era incapaz de resistirse. Ni siquiera se movió durante esos cuatro interminables minutos. Cuando retiré la almohada, mi madre...mi madre estaba muerta. La había asesinado luego de hacerla soportar una agonía terrible. El ave volvió a cantar. —

Pedro permaneció en silencio. Joaquín no supo que decir. Permanecieron callados mientras el sonido de los rayos cayendo en la cercanía producía eco entre las putrefactas paredes de madera.

— ¿Y tu esposa? —Preguntó de repente Joaquín. — ¿Que fue de tu esposa

y tu hijo?

—Cuando se enteró que mi madre finalmente había muerto ella me llamó. Le supliqué que volviera, pero ella me dijo que se encontraba en el hospital. Daría a luz esa misma noche. Corrí hasta el auto, cuando me subí y lo puse en marcha... vi de nuevo... ¡Aquella ave! Aquella ave estaba justo sobre el capó. Su redondeada cabeza parecía girar para enfocarme mejor. Su horrendo canto sonó con más fuerza que nunca. Me cubrí los oídos para no oírlo y aceleré. El ave salió volando. Conduje lo más rápido que pude. Atravesé varios semáforos en rojo sin detenerme. Ya nada me importaba. Cuando finalmente llegué al hospital, corrí, corrí como nunca antes había corrido. Una enfermera me dijo que ya había comenzado la labor de parto. Me ofreció que entrara para estar junto a mi esposa y así lo hice. Estuve junto a ella. La tomé de la mano mientras ella pujaba con más y más fuerza. Ella gritaba de dolor, algo no estaba bien. Un gran charco de sangre se estaba formando en la camilla donde ella estaba intentando dar a luz. Le apreté la mano con fuera y le dije que todo estaría bien. Ella gritó y me estrujó la mano con tanta fuerza que sentía como si mis dedos estuvieran a punto de romperse. Finalmente el bebé había salido. Pero no se escuchó ningún llanto, el silencio se apoderó de aquel cuarto . Solo al ver las expresiones de espanto dibujadas en los rostros de las enfermeras me imaginé lo peor. A través del pequeño tragaluz podía sentir la mirada penetrante del búho. Espantado, solté la mano de mi esposa y me acerqué a la enfermera. Ella sostenía algo entre sus manos. Cuando me acerqué, la enfermera volteó intentando ocultarlo. La tomé con fuerza del hombro y la hice girar. Entonces lo vi. En sus manos tenía a mi hijo. Su piel estaba morada, con tonos verdes, como un cuerpo putrefacto. Su cabeza lucía aplastada con una forma inhumana. Sus pequeñas piernas tenían una forma extraña, casi como las piernas de una cabra. Y sus pequeños ojos... los tenía abiertos... y eran... completamente negros como los ojos de un tiburón. El bebé apenas se movía. Abría y cerraba su boca lentamente como intentando respirar. En ese momento, una enorme mosca, con sus asquerosos ojos verdes se posó sobre él, como si fuera un pedazo de basura en descomposición. Al cabo de unos segundos el bebé dejó de moverse. El ave volvió a cantar. —

Pedro volvió a sondear con su vista aquel árbol, sentía que aquel demonio alado continuaba allí, torturándolo.

—Mi esposa. Mi esposa, exigía ver al bebé. La tomé la mano y le dije que todo estaría bien. Pero ella solo gritaba y gritaba. Quería ver a su hijo. Cuando finalmente se lo mostraron, ella gritó de espanto. — ¡Esa cosa no es mi hijo! —Gritaba, — ¡Denme a mi hijo! —Volvió a gritar. Intenté calmarla pero fue en vano. — ¡Te odio! Maldigo el día en que te conocí! —Me comenzó a gritar. Afuera pude escuchar el canto del búho. Aquel búho me había arrebatado hasta la última pieza de felicidad de mi vida.

Solo me había quedado este maldito oro!

—No entiendo a qué has venido nuevamente a San Antonio.

—Luego de que mi bebé muriera. Anna. Mi amada Anna, entró en una fuerte depresión. La llevé nuevamente a nuestro hogar. Intenté que mejorara, pero ella tenía... tenía la misma mirada que mi madre, llena de tristeza. Ella no comía. No hablaba. La única respuesta que recibía a mis ruegos porque este martirio terminara era el canto de esa ave! Aquella ave me atormentaba día y noche. Ya no conseguía dormir. Solo en el alcohol encontraba un poco de alivio a mi sufrimiento. Hasta que un día intenté entrar a nuestro cuarto, donde Anna descansaba. No lo conseguí. Estaba cerrado por dentro. Golpee con todas mis fuerzas. Grité llamándola pero no recibí respuesta. Finalmente, el grito de una vecina desde la calle llamó mi atención. Corrí por las escaleras lo más rápido que pude, tan rápido que no pude evitar tropezar y caer. Rodé escaleras abajo golpeando mi cabeza contra el barandal. La cálida sensación de la sangre corriendo por mi rostro y el intenso dolor que sentí en ese momento no evitaron que me levantara y continuara corriendo. Finalmente al salir, vi lo que me temía. Allí estaba ella. Su cuerpo se balanceaba desde el segundo piso. Su rostro azulado. El grueso nudo hecho con sabanas apretaba su cuello. Ella... ella se había amarrado las sabanas y se había arrojado al vació. Su pierna todavía se estremecía mientras su cuerpo convulsionaba. Hasta que finalmente dejó de moverse. Entonces esa ave. Esa ave se posó sobre el cadáver de mi esposa y dio su horroroso canto. En ese momento enloquecí. Cuando se habían llevado el cadáver de Anna, rocié la casa con gasolina y la encendí. Permanecí contemplando como a casa ardía al igual que todo mi mundo. Solo tomé el oro y traje a devolverlo. Solo quiero que esa maldita ave se aleje, quiero que todo termine.

— ¿Entonces has venido a devolver el oro?

— Lo intenté. En la oscuridad de la noche fui al lugar donde lo había hallado. Esperé que aquel fuego fantasmal me indicara el lugar donde enterrarlo. Espere durante horas pero nada sucedió. Solo el búho. El búho continuaba allí acechándome, empujándome cada vez más hacia la locura. Entonces fue que lo comprendí. El oro no se puede devolver. No se puede eliminar la maldición.

—No comprendo. No comprendo como este oro puede causar tantas desgracias. Quizás no haya sido el oro, quizás solo ha sido la mala suerte. Después de todo, cosas horribles pasan todos los días.

—Es posible mí querido amigo. Es posible. Pero al estar allí sentado en la oscuridad comprendí algo. Comprendí porque el señor Gutiérrez hablaba a todos sobre el tesoro. Comprendí lo que el necesitaba. Necesitaba que alguien más lo tomara. Que alguien más sucumbiera a la avaricia y

quisiera la riqueza a pesar de los riesgos.

— ¿Entonces dices que debes entregar el tesoro?

—Debo encontrar a alguien que desee las riquezas tanto que no le importe el precio a pagar.

—Estas demente Pedro. Ese oro no tiene la culpa de lo que te ha pasado. Solo has tenido mala suerte. Solo un tonto podría regalar toda esa riqueza.

— ¿Acaso lo quieres?

—Sí. Sería mi oportunidad de salir de esta pobreza. Mis manos ya están viejas y cansadas. Mi familia pasa necesidades. No puedo darme el lujo de rechazar una oportunidad así.

—No sabes lo que pides amigo. No lo sabes.

—Es mejor arriesgarse a vivir con una fortuna que seguir en la infelicidad el resto de mi vida. Yo tomaré ese oro. —Joaquín se levantó y se dirigió hacia el bolso, pero este estaba vació. — ¿Dónde demonios se fue el oro? —Dijo con la mirada llena de codicia.

—El oro volvió a su lugar. Sabes dónde encontrarlo. Yo he cumplido mi parte del trato.

Pedro miró hacia el gran árbol. Aquella ave finalmente se había ido. Aliviado Pedro sonrió. Cuando la tormenta finalmente se detuvo, Pedro se alejó caminando por las calles llenas de barro y agua sucia, alejándose para siempre de San Antonio.

La codicia se había apoderado de Joaquín. Esa noche iría en busca del tesoro, mientras en lo alto del gran árbol, el búho lo observaba.

FIN